

# Extremeños en Oriente

## Pedro de Burguillos, Diego Collado y Lourenço Mexia como casos paradigmáticos



FERNANDO CID LUCAS

*AEO. Universidad Autónoma de Madrid*

### INTRODUCCIÓN

Desde hace mucho tiempo, a los extremeños se nos ha henchido el pecho con un (para algunos) cuestionable orgullo, el cual venía referenciado por los descubrimientos obrados en el continente americano durante los siglos XVI y XVII. Hechos, como quiera que sea, portentosos sobre los que se ha realizado un notable esfuerzo desde el ámbito editorial y también desde el de la memoria histórica. Hechos que se han divulgado en multitud de seminarios y congresos aquí y allá, en un lado y otro del océano, hasta que han conseguido que Extremadura y América exhiban numerosos lazos comunes.

Sin embargo, la senda que lleva desde Extremadura al Extremo Oriente ha sido bien distinta. Poco o nada sabemos –o interesa saber, cabría preguntarse– sobre quienes nacieron en la misma época que Gerónimo de Loayza, San Juan Macías (el “consejero de ricos y pobres”) o Luis Zapata de Cárdenas. Muy poco o nada sabemos, y, lo que es más grave, poco se ha dicho o se ha escrito aún sobre una extensa e ilustre nómina de paisanos que se las vieron en Extremo Oriente, durante el convulso Siglo Ibérico de Japón<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Tomamos esta definición del inapelable tratado firmado por: CABEZAS GARCÍA, Antonio, *El siglo ibérico del Japón. La presencia hispano-portuguesa en Japón*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid e Instituto de Estudios Japoneses, 1994.

con una cruel represión que dejó centenares de mártires en el camino y una iglesia cristiana oculta en las zonas sureñas de Japón<sup>2</sup>.

Volviendo a estos extremeños olvidados, ni en sus villas de origen parecieran importar las gestas obradas, por ejemplo, por el miajadeño Diego Collado, el burguillano Pedro de Burguillos o el oliventino Lourenzo Meça, por nombrar sólo a una triada que representarían, respectivamente, a las órdenes destinadas en Japón durante finales del siglo XVI hasta mediados del XVIII (dominicos, franciscanos y jesuitas).

### PENÍNSULA IBÉRICA-JAPÓN, JAPÓN-PENÍNSULA IBÉRICA

Cuando nos acercamos al breve –pero intenso– periodo histórico que contiene los contactos entre los peninsulares y Japón, encontraremos que ya desde sus primeros momentos, los que tienen como protagonista al cofundador de la orden jesuita, el navarro San Francisco Javier, la apreciación del “otro” recién descubierto es diametralmente opuesta a la que encontraríamos en la primera documentación hecha en América. Muy famosa y esclarecedora a este respecto es la carta rubricada por el ignaciano al poco de llegar a Kagoshima en 1549:

“De Japón, por la experiencia que de la tierra tenemos, os hago saber lo que de él tenemos alcanzado. Primeramente, la gente que hasta ahora tenemos conversado, es la mejor hasta ahora descubierta; y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses. Es gente de muy buena conversación, generalmente buena y no maliciosa; gente de honra mucho a maravilla; estiman más la honra que ninguna otra cosa; es gente pobre en general, y la pobreza entre los hidalgos y los que no lo son no la tienen por afrenta.<sup>3</sup>”

Opiniones estas que quedarían al poco tiempo refrendadas por quien fuese el sucesor en el cargo como Superior de la Orden del santo navarro, el valenciano Cosme de Torre<sup>4</sup>, en su carta de 1551 dirigida a sus compañeros europeos. La cita, aunque algo extensa, creo que otorga una

<sup>2</sup> Véase para esto: TURNBULL, Stephen, *The Karure Kirishitan of Japan*, Surrey, Curzon, 1998.

<sup>3</sup> En: SEMPERE, J. L., *Cartas selectas de San Francisco Javier. Apóstol de las Cartas y el Japón*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1956, p. 157.

<sup>4</sup> Para saber más sobre la apasionante figura del jesuita Cosme de Torres léase: PACHECO S. J., Diego, *El hombre que forjó a Nagasaki. Vida del P. Cosme de Torres, S. J.*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1973.

completa imagen al lector acerca de la percepción de lusos y castellanos sobre los nipones, además de denotar el optimismo puesto en la evangelización del recién descubierto país asiático:

“Estos japoneses están preparados para entender nuestra santa fe más que otras gentes del mundo. Al pensar en sus características: los japoneses son discretos, se comportan según la razón, igual que los españoles o más que los españoles. Tienen muchos deseos de conseguir conocimientos más que otra gente conocida, de alcanzar la salvación de sus almas y de servir al creador. Hasta ahora no hay ninguna persona descubierta que muestre esta pasión como ellos. Como sus conversaciones son muy lindas, parece que todos ellos crecían en las residencias de grandes señores. Es imposible escribir muchas cortesías suyas a otros. No hablan mal a sus vecinos, ni tienen envidia a ninguna persona. No son aficionados al juego. Porque van a matar a otros por juego igual que por hurto. Los japoneses pasan el tiempo ocupados en las artes marciales, y son diestros en hacer poesías. La mayoría de los hidalgos se dedican a estos ejercicios. Si fuera a escribir todas sus buenas artes, me faltarían tinta y papel antes que carecer de materiales de información.<sup>5</sup>”

Una descripción inmejorable del espíritu nipón, que dejaba bien claro la capacidad de los japoneses para hacer buena poesía y contener su intelecto en un cuerpo que no dejaba atrás la práctica deportiva, haciendo vigente en el país asiático la máxima acuñada por el poeta latino Juvenal: *Mens sana in corpore sano*.

Mas la realidad (en relación a la evangelización) fue otra bien distinta. En efecto, Japón no habría de ser tierra de bonanzas en cuanto a permisión de la doctrina cristiana se refiere. Si bien, hubo un primer momento de fascinación hacia la diferencia mutua que encontraron los nipones en los ibéricos y viceversa<sup>6</sup>, progresivamente se fue tejiendo una red de desconfianzas cada vez más consistente sobre aquéllos que venían a traer un nuevo dios a un lugar que ya contaba con una miríada de deidades patrias (los *kami* de la tradición shintoísta<sup>7</sup>), a las que se sumaron en el 552 d.C. las creencias del Budismo, importadas desde el continente asiático.

<sup>5</sup> En el archivo *Nihonkankei Kaigai Shiryō I*, Tokio, Universidad de Tokio, 1990, pp.167-168.

<sup>6</sup> LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*, Madrid, Akal, 2005.

<sup>7</sup> Véase para esto la publicación de FALERO, Alfonso (coord.), *Introducción al Shintoísmo*, Salamanca, Amarú, 2007.

Cierto es que la primera actitud “reservada” de los ibéricos para con la/s religión/ones de los japoneses cambió, de manera progresiva, hacia una feroz intolerancia en algunos individuos, quienes veían en aquellos ritos (muy sencillos la mayoría de las veces, por otro lado, dedicados a la memoria de los antepasados y a la bonanza de las cosechas) la manifestación de lo diabólico, en dioses y en genios de extraños rostros, iracundos, que blandían espadas y lucían llamas y truenos en sus efigies. Sin embargo, al igual que sucedió con la llegada del cristianismo a la Roma pagana, creo que los japoneses habrían aceptado de buena gana un dios más en su sincrético panteón si éste no hubiese pretendido derrocar, uno tras otro, a aquéllos que se asentaban allí desde hacía siglos y porque la religión se mezcló, como en otros tantos lugares del orbe, con la política.

Como digo, si bien, en la relación y en la consideración a la persona, los europeos se mostraron cordiales, existiendo un trato de igual a igual, las palabras de los portugueses y castellanos hacia la fe de los *japones* fueron muy duras, lo que nos demuestran el poco o nulo interés que tuvieron la inmensa mayoría de ellos por tratar de comprender su fe. Se nos han conservado textos que rozan casi la hipocresía. Por ejemplo, cuando los ibéricos asisten a una noble dama nipona que les visita y les enseña sus pertenencias más preciadas, se nos relata lo siguiente:

“[...] sacó luego una ropa negra muy antigua y vieja, la cual era de un gran bonzo, la cual ella compró por mucho dinero para se enterrar [...] finalmente, sacó tanto número de sus falsas bulas, todas dobladas y con sus cordones, para ponérselas al cuello cuando muriese.<sup>8</sup>”

Algo que nos choca al conocer que en la Europa de la época también se reverenciaban las vestimentas de los santos y de religiosos notables, algunas de las cuales se convertían en famosas reliquias<sup>9</sup>, y que el mercadeo de bulas producía pingües beneficios a la cátedra de san Pedro.

Pero, en esa vorágine de exaltación de la fe cristiana y condenación de las creencias vernáculas se enmarcan las vidas y las obras de nuestros tres protagonistas. Tres extremeños que dejaron su tierra natal siguiendo las razones de la fe y que en sus correspondientes campos de actuación llegaron a realizar grandes progresos.

<sup>8</sup> En: LÓPEZ GAY S. J., Jesús, *La liturgia en la misión del Japón del siglo XVI*, Roma, Universidad Gregoriana, 1970, p. 200.

<sup>9</sup> Pongo, por ejemplo, el propio manto de la Virgen María, que se guarda con celo en la catedral de Notre-Dame de París; o la capa de San Martín de Tours, preservada en el oratorio de los reyes de Franskish.

Extremeños que, sin duda alguna, consumaron una aportación hacia el entendimiento de la naturaleza de los japoneses verdaderamente interesante, que fue herencia para quienes continuaron dicha misión. Así, las obras lexicográficas de Collado fueron trascendentales para el conocimiento de la lengua japonesa, una herramienta importantísima para la labor de evangelización que pretendían dominicos y jesuitas y base para otras gramáticas, como la del franciscano Melchor Oyanguren (1688-1747). En este mismo sentido, las muchas cartas de relación escritas por el padre jesuita Lourenço Mexía (empleando una prosa elegante, lo mismo en español que en portugués), presentan una forma de evangelización diferente, por ejemplo, a la que proponía otros compañero suyo de orden, quienes apostaban por implantar, sin modificación alguna, el modelo de cristianización europeo en los pueblos asiáticos.

#### FRAY PEDRO DE BURGUILLOS, FRANCISCANO DESCALZO

Tal vez, de los tres religiosos ibéricos que vamos a presentar en este breve artículo, el sencillo fraile lego Pedro de Burguillos sea aún el menos estudiado por la crítica. Hombre campechano, pero muy hábil para la curación con hierbas y la cirugía, debió nacer en la villa de Burguillos del Cerro (Badajoz) hacia la segunda mitad del siglo XVI. De familia humilde, pudo pasar por el convento de Consuegra, en Toledo, donde aprendió los rudimentos de Artes, Filosofía y Moral, para luego trasladarse al monasterio de Paracuellos de Jarama, en Madrid, desde donde se enroló, sobre 1592/94, en la misión que por entonces preparaba fray Juan de Toledo para ir hasta las islas Filipinas. Tras el viaje, que seguía la acostumbrada ruta marítima de Sevilla-Acapulco-Manila, lo encontramos entre abril y mayo de 1595 en la capital tagala. Sin embargo, muy breve fue el tiempo que pasó allí, ya que en junio de ese mismo año zarpa hacia el ignoto Japón, según consta en la crónica redactada por el padre Costa: “No permaneció mucho tiempo Fr. Pedro de Burguillos en Manila; pues aquel mismo año, por el mes de julio, embarcó de nuevo para Japón en compañía de los Padres Fr. Pedro Bautista Porres y Tamayo y Fr. Juan de Madrid<sup>10</sup>”.

En 1597 trabaja con ahínco como asistente cirujano en la casa franciscana de Calabarzón (en la región de Bondoc), una de las zonas más pobres de todo el archipiélago filipino, ayudando a los más necesitados y dando

<sup>10</sup> En: COSTA, J., *Archivo Ibero Americano*, vol. 35, 1932, p. 61.

muestras ya de sus habilidades para la curación de las enfermedades de la piel, abscesos, pústulas, etc., y donde pudo aprender el uso de las plantas y hierbas del lugar.

Siquiera de forma breve hemos de indicar que Filipinas (lo mismo que Malasia o Tailandia) cuenta, desde tiempos ancestrales, con un patrimonio incalculable en lo que a curación natural se refiere, a través de los *babaylan* o chamanes; curanderos<sup>11</sup> que ya ejercían y contaban con el respeto de la sociedad mucho antes de la llegada de los españoles con sus métodos médicos. Más adelante, en su visita a Japón en 1601, estos conocimientos, posiblemente aprendidos o implementados en las Filipinas, habrían de servirle a Pedro de Burguillos para impresionar a la corte del señor de Japón, Ieyasu Tokugawa, quien le pidió que le curase de unas costras en la cabeza a un hijastro suyo al que tenía especial cariño.

En efecto, Pedro de Burguillos, que nos ha dejado una espléndida crónica de su estancia en Japón durante los años 1601 y 1602, participó en primera persona de la vida de palacio; desempeñó un papel importante como diplomático mediador entre las pretensiones franciscanas y el ánimo japonés ante la llegada de cada vez más europeos a sus tierras. A la muerte de quien iba por cabeza de la pequeña legación descalza, el hermano Jerónimo de Jesús, será el burguillano quien ocupe su lugar y quien continúe el “tira y afloja” para hacer un lugar a la orden de san Francisco de Asís en tierras japonesas. Sin embargo, aunque en el texto redactado por el fraile se palpa un franco optimismo, poco o nada de lo que se prometió a los castellanos llegó a cumplirse. En contraste con la orden jesuita (quienes consiguieron las llaves de la ciudad de Nagasaki<sup>12</sup>, por ejemplo<sup>13</sup>), los franciscanos no fueron (y entiéndase esto con sumo cuidado) tomados tan en serio como los ignacianos (y el propio Pedro de Burguillos recoge esta idea en su aludida crónica, al relatar que los nobles nipones, al ver la pobreza de sus hábitos y las exiguas pertenencias que llevaban consigo,

<sup>11</sup> Quienes, además de emplear centenares de plantas en sus pociones, también alejaban el mal de ojo y “exorcizaban” a sus pacientes en caso de necesitarlo. No me resisto a incluir, aun en forma de nota, que estos hombres fueron conocidos también por la palabra española que les definía, *albularyo*, vocablo que aún se emplea en las zonas rurales de Filipinas como en las que practicó fray Pedro de Burguillos.

<sup>12</sup> Ciudad que fue denominada por el obispo de Japón Luis de Cerqueira la “Roma de Extremo Oriente”.

<sup>13</sup> Léase para esto el artículo de: CURVELO, Alexandra, “Nagasaki/Deshima after the Portuguese in Ducht accounts of the 17<sup>th</sup> Century”, *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, vol. VI, 2003, pp. 147-157.

les creían poco menos que mendigos). Sin embargo, durante el último periodo de contactos entre los nipones y los ibéricos (1630-1640 aprox.), cuando ya se habían hecho muchos mártires y decretado la expulsión de todo religioso europeo de las tierras de Japón, los franciscanos fueron tenidos en cierta estima, ya que trabajaban y se ocupaban de los desheredados, dando alimento a los más pobres, cuidando de los enfermos que adolecían de lepra y de otras terribles enfermedades. En este sentido, Pedro de Burguillos se mostró siempre –por lo que se colige de sus escritos y de los poquísimos textos que tenemos sobre su semblante– como un hombre dedicado al cuidado de los más pobres; consolando a quienes nada tenían, dando apoyo espiritual a la comunidad japonesa sureña que había quedado sin padres de la Compañía de Jesús por un tiempo, a cuyos recién nacidos –siguiendo sus propias palabras– llegó a bautizar, aunque no le correspondiese a él dicha tarea.

Como otros tantos miembros de su orden, se ganó el cariño popular entre los japoneses; tanto fue así que, después de un periodo breve en el que regresó a Manila con una carta para el gobernador de dichas islas, retornó de nuevo a Japón para proseguir con sus curaciones y con la propagación de la palabra del dios cristiano entre sus habitantes más humildes, para gran regocijo de éstos. Sin embargo, en 1614 es desterrado definitivamente de Japón y devuelto a la capital filipina. Allí fallecerá al año siguiente y allí recibirá sepultura, lo que desconsoló a muchos, quienes sintieron la pérdida de este humilde fraile siempre dispuesto a entregarse por el prójimo. En algunos escritos franciscanos ha recibido, incluso, el trato de “venerable”, por su sencillez, amor y compromiso para con los más necesitados.

## EL DOMINICO DIEGO COLLADO, ORDEN DE LOS PREDICADORES

A pesar de los acontecimientos que forman parte ya de nuestra memoria, que nos hablan de hombres que navegaron ríos inmensos, que se adentraron en selvas vírgenes o que se enfrentaron a civilizaciones hasta entonces desconocidas en América, no deja de sorprendernos el gran número de extremeños que se dispersaron por todos los puntos del planeta durante los siglos XV, XVI o XVII<sup>14</sup>; en todos pareciera imperar un carácter férreo, abnegado y de aceptación de la nueva realidad en la que debían

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, el libro de: SERRANO MANGAS, Fernando, *Vascos y extremeños en el Nuevo Mundo durante el siglo XVII: un conflicto por el poder*, Mérida, Asamblea de Extremadura, 1993.

insertarse. Tal vez por ello el dominico Diego Collado (o *Didacus Collado*, como aparece en sus textos rubricados en latín) hiciese un especial hincapié en las lenguas de aquellos pueblos asiáticos, tan desconocidos hasta ese momento, pensando que sus libros habrían de ser herramientas utilísimas para comprender mejor la naturaleza interior de estas naciones.

Una de las personas que mejor se ha acercado a la vida y la obra de Diego Collado, la profesora Noriko Hamamatsu, le ha dedicado un estudio en el que desgrana su vida y algunos aspectos de su producción lexicográfica. En relación a él nos dice:

“Fray Diego Collado, consciente de la importancia de predicar a los “infieles” japoneses en su lengua vernácula, aplicó su sabiduría y formación intelectual a escribir y publicar una serie de obras que, aunque orientadas a la formación lingüística de los predicadores que pudieran ir a Japón, poseen en sí mismas un gran valor desde el punto de vista filológico, y que, sin duda, podemos considerar pioneras en los estudios contrastivos del español y del japonés.<sup>15</sup>”

Algo en lo que estamos por completo de acuerdo quienes nos hemos acercado a la obra del de Miajadas<sup>16</sup>. Pero, además de ser autor de un legado lingüístico de primera calidad, se desprende de él un sincero interés por comprender al pueblo japonés, lo mismo que del jesuita Mexía en sus cartas –y también del de Burguillos del Cerro en su *Crónica*, si bien, en ningún momento aleja éste de sus afectos la mejora de la situación de su orden en Japón–; efectuado este, sin duda, por la misión de llevar el cristianismo hasta tan alejada parte del planeta, pero planteado, eso sí, con amor y respeto hacia los asiáticos (lo que no siempre fue así en el continente americano<sup>17</sup>).

Sabemos que Diego Collado nació en Miajadas hacia 1587, que en 1605 estaba ya en el convento de san Esteban de Salamanca y que allí fue muy admirado por sus compañeros, como ejemplo de talente honesto y excepcional hombre de letras, muy dotado para las lenguas y para la prédica.

<sup>15</sup> HAMAMATSU, Noriko, “La obra lingüística de fray Diego Collado: legado de su labor misionera en Japón”, *¿Qué es Japón? Introducción a la cultura japonesa*, (Fernando Cid Lucas, ed.), Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2011 (2ª edición, corregida y aumentada), p. 315.

<sup>16</sup> Véase, por ejemplo, el capítulo rubricado por: TRONÚ MONTANÉ, Carla, “Mercaderes y frailes españoles en el Japón del Siglo de Oro”, *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)* (María Jesús Zamora Calvo, ed.), Satori, Gijón, 2012, pp.255-265.

<sup>17</sup> Véase para esto el interesante libro de OESTERREICHER, Wulf y SCHMIDT-RIESE, Roland, *Esplendores y miserias de la evangelización de América*, Berlín-New York, De Gruyter, 2010.



Aunque pudo gozar de un puesto privilegiado en la ciudad castellana –ya que su carisma y su hondura intelectual habían deslumbrado a sus superiores–, recibió la ineludible llamada interior de ayudar en la evangelización de Oriente. Así, de Salamanca parte con rumbo a Manila, haciendo escala en México, en 1610, en una legación promovida, nada más y nada menos que por Alonso de Navarrete, quien fuese protomártir dominico en Japón y quien diese lugar a una de las más hermosas piezas teatrales de todo nuestro Siglo de Oro de cuantas se dedicaron a la evangelización de Japón<sup>18</sup>: *Los primeros mártires de Japón*, que puede atribuirse mediante firmes argumentos a Félix Lope de Vega<sup>19</sup>.

También en las islas Filipinas (ya que residió en muchas de sus regiones) dio muestras extraordinarias de sus aptitudes como lingüista, conociendo en relativamente poco tiempo los diferentes dialectos y variantes del tagalo, el cebuano, etc. Allí fue un personaje querido; amado y admirado por el pueblo llano<sup>20</sup> y respetado por las autoridades locales. No fue hasta 1619 cuando Collado partiese hacia Japón con muchas esperanzas puestas en el progresivo avanza de la fe cristiana en esos lares. Sin embargo, el panorama que encontró en Nagasaki (ciudad a la que se le había destinado y el puerto de entrada de occidentales más importante de todo el país) fue desolador: de los siete frailes dominicos que quedaban con vida en la zona, cuatro de ellos estaban presos y los otros tres (fray Juan de los Ángeles, fray Jacinto Orfanel y fray José de Jacinto, a sazón vicario provincial) estaban libres, pero acosados y amenazados constantemente por los hombres del *shōgun*.

Sorprende que con tan pocos medios humanos y de infraestructura Collado reemprendiese con decisión la evangelización entre los japoneses. Atosigado como estaba por los esbirros del regente de Japón, debe cambiar de vivienda cada muy poco tiempo, como él mismo nos dice en la

<sup>18</sup> Para profundizar en la presencia nipona en los tablados ibéricos del Siglo de Oro, véase el capítulo de CID LUCAS, Fernando, “Tres notas sobre la celebración de los mártires ibéricos hechos en Japón en las artes performativas españolas del Siglo de Oro”, *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)*, (María Jesús Zamora Calvo ed.), Gijón, Satori, 2012, pp.65-79.

<sup>19</sup> Véase para esto: CID LUCAS, Fernando, “Sobre ‘Los [primeros] mártires del Japón’, atribuida a Lope de Vega: de los hechos históricos al texto dramático”, *Studi Ispanici*, n° 33, 2008, pp.71-88.

<sup>20</sup> No nos resulta complicado ficcionar con que Collado entabló contacto muy pronto con los lugareños, y de ellos, directamente, extrajo sus hondos conocimientos sobre las lenguas del país, preguntando a unos y a otros por palabras y frases; tal vez lo mismo que haría luego en el País del Sol Naciente.

crónica que redactó desde allí, *Historia Eclesiástica de la Cristiandad de Japón*, que era un texto comenzado por el padre Orfanel que él se encargó de concluir:

“No estaua lo ordinario mas de un dia en cada casa, y aun a vezes solia mudar dos y tres posadas en una noche, porque auia gran rigor en buscar Religiosos, y mudando tantas posadas se deslumbrauan los rene-gados, y Gentiles, porque aunque huuiese sospecha de donde estaua, pero quando me iban a prender (que sucedió no se quantas vezes) ya yo me auia desaparecido, y ni sombra, ni rastro de mi les auia dexado en prendas [...].<sup>21</sup>”

Así estuvo por bastante tiempo el miajadeño, recorriendo villas y aldeas del Japón meridional, conociendo a sus gentes, sus anhelos y necesidades. Pero en 1621 es apresado fray José de San Jacinto, el cuál será martirizado el año siguiente. Es entonces cuando el extremeño pasa a ser vicario provincial de la orden en Japón. Por ese tiempo pasó muchas penalidades y preocupaciones por los suyos, quienes cada vez tenían peores condiciones para practicar libremente su fe. A decenas de ellos dio consuelo espiritual y ayuda. A pesar de ello, en 1622 se le llama a Roma para que ocupe el cargo de procurador general de la Provincia de Filipinas. Para allá parte desde Manila en 1622, pero no llegará a la capital italiana hasta marzo de 1625, un trayecto que sería toda una odisea marítima y terrestre.

Después de defender ante el papa Urbano VIII los intereses de los dominicos sin obtener un éxito apreciable, vuelve a Filipinas en 1635. Desde Cagayán sale a Manila, donde tenía que embarcarse para regresar de forma definitiva a Europa, sin embargo, el barco en el que viajaba zozobra en mitad de una tormenta y Collado, como muchos de sus tripulantes, perece ahogado. Algunas crónicas de la época cuentan que, en lugar de luchar por su vida, permaneció ayudando y confesando a sus compañeros de viaje hasta su último aliento. Eso debió suceder antes del 21 de abril de 1641, cuando su nombre aparecía en la lista necrológica del capítulo provincial. Había dejado Collado una formidable gramática de la lengua japonesa, un diccionario de japonés y otro de chino y un método –que fue muy útil y empleado– sobre la manera de confesar en japonés. A pesar de todo esto, aún espera su justo reconocimiento en nuestra tierra.

<sup>21</sup> HAMAMATSU, Noriko, *Op.Cit.*, pp. 320-321.

## LOURENÇO MEXÍA S. J.

El último de los extremeños que aquí presentamos es Lourenço Mexía, que nació en Olivenza<sup>22</sup>, mientras esta ciudad pertenecía aún a la corona portuguesa de la casa de Avis, en un momento de especial esplendor para esta villa. Entró en la Compañía de Jesús en marzo de 1560, en Coímbra, donde estudió Artes y Teología. Ya ordenado sacerdote<sup>23</sup>, ocupó el importante cargo de rector del Colegio de Bragança y fue maestro de novicios en la capital lusa. En 1576 parte hacia Oriente, hacia Macao, como superior de una expedición; y entre 1579 y 1582 está junto a Valignano “tomando el pulso” a los logros realizados por los jesuitas en dicho país.

El caso de Mexía, en el ámbito de la evangelización de Japón, es excepcional. Se nos muestra como un hombre agudo, muy inteligente, que se opuso con enérgicos argumentos al método de evangelización que propugnaba su compañero ignaciano Francisco Cabral (1529-1609). Cabral pensaba que el arraigo del Cristianismo en Japón debería ser un ejercicio de presentación de la fe en su sentido más auténtico, sin pasar por la criba propia de la idiosincrasia del país donde habría de arraigar. Por el contrario, Mexía abogaba por un sistema más permeable, de “acomodación” del mensaje, que permitiría un franco diálogo entre evangelizadores y evangelizados.

Sustancialmente, Mexía tenía claro –por lo que trasciende de sus cartas escritas desde Macao entre 1582 y 1583– cómo debería ser la cristianización por parte de los jesuitas en Japón. Como minucioso observador de la realidad que fue, podemos comprobar que Mexía se había percatado de lo importante que eran para la población japonesa los ceremoniales y las vestimentas de los bonzos budistas (que eran también objetos de veneración y signos de la santidad de su portador), y el respeto que causaban entre la población al ver al clero ataviado con tanto boato, por ejemplo; y, por ello, fueron los jesuitas, no los dominicos o franciscanos (a quienes los nobles japoneses no tuvieron apenas en cuenta, debido a lo humilde de sus hábitos, como decíamos), quienes vistieron túnicas color azafrán y observaron los modales y la cortesía nipona en el trato con los principales del país.

<sup>22</sup> Si bien, en algunas fuentes se le hace hijo de la villa portuguesa de Évora, mas criado en Olivenza. Véase para esto: ALONSO ROMO, Eduardo Javier, “Un extremeño en las indias portuguesas: Francisco Pérez (c.1515-1583)”, *Revista de Estudios Extremeños*, tomo LVIII, nº III, 2002, p. 1065.

<sup>23</sup> Lo que ocurrió en 1566.

Hombre de carácter, Mexía no dudó en señalar los “errores” de su antecesor, el citado padre Cabral, en las estrategias tomadas para evangelizar Japón. Por otra parte, se mostró siempre un fiel seguidor de Alessandro Valignano (1539-1606), de quien dijo que había conseguido más en dos años y medio de estancia en Japón que sus precursores en una larga temporada. Coincidente con el de Olivenza, Valignano procuró que las autoridades japonesas vieran a los ignacianos con la idéntica consideración social con la que veían a los sacerdotes budistas y shintoístas. Para aleccionar a los compañeros que viajasen a Japón redactó su impresionante *Il Cerimoniale per i Missionari del Giappone* (de 1581), que es una prueba más de la perspicacia del jesuita napolitano para penetrar en la sociedad japonesa de manera sutil. Un código de “buen comportamiento” que Mexía suscribió en su manera de comportarse en Japón y en las recomendaciones que enviaba en sus epístolas a Europa.

Siempre en el ámbito de esta monumental empresa que fue la propagación del Cristianismo en Japón –y con un planteamiento deudor del procedimiento de Valignano–, Mexía profundizó notablemente en la idiosincrasia del pueblo nipón. Se dio cuenta del espíritu meticuloso de los japoneses y pidió respeto a sus compañeros, por ejemplo, en las costumbres a la hora de comer de los japoneses, para quienes esto era (y es, aún a día de hoy) casi una ceremonia, y solicitó que las costumbres de los ignacianos se asimilasen lo más posible a las de la población vernácula:

“Primeramente con el amor y sincera charidad, que es verdadero vinculo y causa de unión.”; “en los costumbres y cerimonias, comer y beber [...] que siempre seguiremos más su comer que el nuestro, lo que fue un gran medio para ellos más nos amar.”<sup>24</sup>

Unas indagaciones que se preocupaban por un mejor entendimiento entre las dos civilizaciones que hacía poco acababan de encontrarse, y que podría obrarse iniciándose desde lo más pequeño, en efecto. Amén de circunscribirse en el plan de evangelización del país asiático, habrían de ser unas de las pioneras investigaciones antropológicas hechas sobre los hábitos japoneses, y una profunda apreciación hacia los nipones. Así,

<sup>24</sup> Carta del padre Lourenço Mexía al General de la orden, fechada en Macao, a 13 de febrero de 1583; *Jap. Sin.*, 9-I, f. 146v.

mucho antes de que Occidente descubriera las bonanzas de la cocina japonesa, nuestro paisano ya se decantaba por ella, eso sí, por motivos muchos más pragmáticos:

“Porque tienen por cosa baxa ser el hombre captivo de sus pasiones y gula”; “carne de vaca ni de puerco, ni outra alguna comen, sino es de caça, su comer es arroz sin sal cozido en poca agoa.”<sup>25</sup>

Y en una carta posterior a esta dice a sus compañeros europeos:

“Porque en el Meaco se escandalizavan de comer vaca y puerco dexo precepto expreso, que no se comese.”<sup>26</sup>

Palabras que anunciaban ya a Occidente el alto grado de refinamiento del pueblo japonés, que pregonaban una cultura en donde el honor era importante, lo mismo que en España<sup>27</sup>, donde se apreciaba la etiqueta, el buen vestir, la educación y el buen hacer en la diplomacia y el gobierno; y en donde la mentira, la mezquindad y la usura se veían como la imperfección del espíritu.

Después de dedicarse en cuerpo y alma a la propagación de la fe cristiana en Extremo Oriente, Mexía falleció y fue sepultado en Macao en 1599, en donde ejerció como superior de la orden hasta en dos ocasiones. Sus opiniones sobre la labor jesuítica en esa parte del mundo fueron respetadas y continuadas por otros compañeros suyos.

<sup>25</sup> Carta del padre Lourenço Mexía al General de la orden, fechada en Macao, 20 de diciembre de 1582; *Jap.Sin.*, 9-I, f. 126v.

<sup>26</sup> Carta del padre Lourenço Mexía al General de la orden, fechada en Macao, 13 de febrero de 1583; *Jap.Sin.*, 9-I, f. 146v.

<sup>27</sup> Léase para esto la tesis doctoral (inexplicablemente aún inédita) de: FERNÁNDEZ S. J., Jaime, *Filosofía del honor en el pueblo según los teatros de Lope de Vega y Monzaemon Chikamatsu* (defendida en la Universidad Complutense de Madrid el 4 de abril de 1984. Consta de tres tomos y un total de 1400 páginas).

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD PÉREZ, Antolín, “Cristianismo en Japón: memorial del padre Pedro Bautista Porres Tamayo, OFM”, *AIA*, nº 37, 1977, pp. 323-354.
- ALONSO ROMO, Eduardo Javier, “Un extremeño en las indias portuguesas: Francisco Pérez (c.1515-1583)”, *Revista de Estudios Extremeños*, tomo LVIII, nº III, 2002, pp. 1047-1069.
- BAYLE S.J., Constantino, *Un siglo de Cristiandad en Japón*, Barcelona, Labor, 1935.
- BOXER, Charles, *The Christian Century in Japan: 1549-1650*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1967.
- CID LUCAS, Fernando, “Pedro de Burguillos y Diego Collado: trayectorias y logros de dos extremeños en el país del Sol Naciente”, *Japón y la Península Ibérica: cinco siglos de encuentros (Fernando Cid Lucas ed.)*, Gijón, Satori, 2011, pp.93-108.
- DELGADO GARCÍA, José, “El salmantino Fr. Diego Collado, O.P. (1587-1641)”, *Ciencia Tomista*, nº 376, 1988, pp. 233-285.
- FRÓIS, Luís, *Tratado sobre las contradicciones y diferencias de costumbres entre los europeos y japoneses (1585) (Ricardo de la Fuente Ballesteros ed., trad. y notas)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.
- GIL, Juan, *Hidalgos y samuráis: España y Japón en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Alianza, 1991.
- GONZÁLEZ POLA, Manuel, “Dominicos en Extremo Oriente: bibliografía general sobre su actividad misionera”, *Extremo Oriente Ibérico: investigaciones históricas, metodología y estado de la cuestión (Francisco de Paula Solano Pérez-Lila, Florentino Rodao García y Luis Eugenio Togores Sánchez coord.)*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, CSIC y Centro de Estudios Históricos, 1988, pp. 277-296.
- MASS, Jeffrey P. (ed.), *The Origins of Japan's Medieval World*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- SOLA CASTAÑO, Emilio, *Libro de las maravillas del Oriente Lejano*, Madrid, Editorial Nacional, 1980.
- SOLA CASTAÑO, Emilio, *Historia de un desencuentro: España y Japón, 1580-1615*, Alcalá de Henares, Fugaz, 1999.
- TAKIZAWA, Osami, *La historia de los jesuitas en Japón (siglos XVI y XVII)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2010.
- VV.AA., *Filipinas, puerta de Oriente*, Madrid, Lunwerg, 2003.
- VV.AA., *Oriente en Palacio*. Madrid, Patrimonio Nacional, 2003.